

# KABUYA

*En la lucha ideológica  
es absolutamente necesario  
emplear el arma de la crítica*

## DE MONAS Y DE PERRAS EN ANTROPOLOGÍA: SOBRE LA REFORMA DEL PLAN DE ESTUDIOS EN LA NACIONAL

Ahora, se habla otra vez de cambiar el plan de estudios de antropología, considerando que de él depende de manera esencial la formación de los estudiantes en el campo de la antropología. El nuevo director anuncia que debemos preparar los antropólogos para el siglo XXI y nos propone el modelo para hacerlo. Veamos un poco de qué se tratan sus ideas, con base en su exposición “Acerca del plan de estudios de la carrera de antropología”.

Lo primero que resalta es la consideración del tiempo, y no de los miembros de la sociedad, como sujeto de la historia. Según el director de antropología, es el cambio de siglo —por lo demás una mera convención arbitraria de un sector de la sociedad capitalista— lo que nos obliga a replantear el qué hacer de la antropología, lo que pone a la orden del día la necesidad de un nuevo tipo de antropólogo; el siglo XXI llega para cambiarlo todo. Esto se afirma sin apoyarse en un análisis que muestre, primero, que las condiciones y necesidades del país han cambiado fundamentalmente con respecto a las anteriores (¿las del siglo XX?) y, segundo, que la formación que se viene dando no responde a esas nuevas circunstancias. Es cierto que en las últimas décadas, en especial en la de los 90, han ocurrido grandes cambios en la situación mundial y también en la de Colombia; pero, ¿esos cambios tienen un carácter esencial que permita plantear que nos encontramos en una nueva sociedad, con problemas por completo diferentes de los anteriores? Los pregoneros del posmodernismo así lo plantean, pero no es así. Asistimos simplemente a una agudización de las condiciones de subyugación de nuestro país por parte del imperialismo, norteamericano en especial, y de la explotación y dominación de clases a manos de aquellas mismas que vienen haciéndolo sobre el pueblo colombiano desde hace ya mucho tiempo. Así se mostró en el artículo “La añeja novedad del posmodernismo. El Manifiesto Comunista y el posmodernismo”, que apareció en el número 7 de Kabuya.

Igual ocurre cuando enfatiza, entre otros temas que aparecen en el diagnóstico de los Directores de los Departamentos de Antropología de los Estados Unidos, que “en las probables futuras condiciones, al campo de estudio etnográfico de las llamadas *sociedades exóticas* no le irá muy bien”. Al contrario, la antropología “hará énfasis en los cambios y procesos globales del mundo contemporáneo”. Y se hace eco de esta concepción, interpretándola en sus propias palabras: “Su tradicional objeto de estudio —las llamadas comunidades exóticas— se verá desplazado por poblaciones urbanas.

Es lógico que un país imperialista plantee en sus orientaciones académico-científicas el dedicarse a aquellos problemas relacionados con su dominación sobre el mundo actual y en los cambios que ella

produce, a la vez que los necesita para mantenerse y avanzar aún más; ¿pero, puede válidamente plantearse que son también esas las necesidades de Colombia?

El director tampoco explica cuáles son las “necesidades sentidas” de estudiantes y profesores a las cuáles respondían el anterior plan de estudios y las dos reformas que se le han hecho; la primera, en 1985, se hizo con la Universidad cerrada y, por lo tanto, con la total ausencia y participación de los estudiantes; la segunda fue hecha a puerta cerrada y sin consultas por parte del director de turno con ninguno de los “estamentos implicados”. Mucho menos plantea cuáles son “las expectativas (sic) de las nuevas generaciones de estudiantes y profesionales”, que nos menciona, ni cuál ha sido el procedimiento sistemático y válido para detectarlas.



En estas condiciones, las bases sobre las cuales nos dice que es necesario construir el nuevo plan de estudios para que se ajuste a los requerimientos y necesidades actuales del país quedan reducidas a unas cuantas vaguedades, centradas en un propósito que sí tiene una claridad meridiana en su intención de poner a los nuevos antropólogos al servicio de las “dos grandes dominaciones” que hemos mencionado al comienzo: “el antropólogo del siglo XXI está llamado a laborar en zonas de conflicto, donde es necesario *apagar incendios sociales*” (énfasis del director).

Afirma también que se trata de enfocarse “a la solución de problemas de los desposeídos, de las víctimas del capitalismo salvaje”, pero es claro que el modo como caracteriza dichos problemas implica que no se busca que el trabajo vaya enfocado a resolver las causas fundamentales de ellos, sino a participar de las políticas y proyectos reformistas oficiales encaminados a colocar

paños de agua tibia, pues, el director mira a tales desposeídos simplemente como “relegados a regiones y barrios pauperizados, desprovistos de recursos, servicios y vivienda adecuados, con todas las implicaciones de educación, higiene, alimentación y salud”, que serían precisamente los problemas que habría que resolver. Esta orientación se hace más clara cuando se enfatiza que hay carencias en “problemáticas actuales como el Desarrollo Regional y la Planificación Administrativa” y en “gestión y administración de recursos financieros para ejecutarlos en programas concretos”, por lo cual hay que dar un cambio hacia una educación que, entre otras cosas, dé una “formación para la empleabilidad”, es decir, que capacite para desempeñar con competencia y eficiencia las funciones que se encarguen a los antropólogos en los empleos que estén a su disposición, en lo fundamental en las instituciones del estado y en las ONG.

¿Qué propone entonces nuestro director como bases para desarrollar “la antropología del futuro” y “un currículo de antropología del siglo XXI”? En primer lugar: “el retorno del antropólogo de los años 70”; en segundo orden, los criterios de los directores de los Departamentos de Antropología de los Estados Unidos, sumados al modelo de “la Escuela de Administración Wharton de la Universidad de Pennsylvania”, en el mismo país. Vemos esto más de cerca.

El director considera que en los años 70 “el interés de los estudiantes y profesores en el ámbito de las transformaciones sociales del momento se centraba en la economía política, los egresados tenían una mejor formación ideológica, se interesaban y conocían mejor la situación nacional e internacional, por consiguiente sus planteamientos —*aunque muchas veces idealistas*—eran más globalizantes, totalizadores,

colectivos y ambiciosos [...] Los estudiantes mezclaban su quehacer académico con el movimiento político. Por eso insistían en su formación económica, histórica y política, *situación que se desdibujó hasta el extremo de abandonar la academia y dedicarse a la segunda actividad*” (énfasis míos).

Ahora, según él, esto ha cambiado porque al abandonar la academia para dedicarse a la política, (cosa que sólo es cierta en algunos casos pero no como generalidad), tales estudiantes generaron “una atmósfera pesimista contra todo lo que tuviera sentimiento político”; a lo cual se agrega el efecto de



películas como ‘Indiana Jones’, ‘La otra mitad del sol’ y otras, “que han distorsionado la esencia del antropólogo contemporáneo”. Fenómenos que han producido estudiantes “apáticos, pasivos, apolíticos, tímidos en relación con las comunidades, facilistas [...] con una actitud conformista y distanciada de la situación crítica que vive el país”.

Lo que el director no dice es que esas características que se daban entre muchos estudiantes y profesores en los años 70 y 80 tenían un fundamento clave:

se querían arrancar de raíz las causas de la situación de los explotados y oprimidos de este país, y no solamente paliar las consecuencias de ellas, y para ello no basta con el ejercicio de la antropología y mucho menos al servicio de las entidades oficiales, sino que son necesarias la organización política y la lucha de clases al servicio del pueblo; que son las cosas a las cuales nuestro director califica de “idealistas”. Y si las cosas han cambiado, no es precisamente a causa de la participación en esa organización y en esas luchas, y de algunas películas, sino de las transformaciones ocurridas con el derrumbe del campo socialista, y con él de muchas ilusiones cortoplacistas de la pequeña burguesía, de la manera como se ha desarrollado la participación del pueblo colombiano en la lucha de clases, de la privatización y la elitización crecientes de la universidad, de la ofensiva ideología desatada por las clases dominantes a través de sus medios de comunicación, de las nuevas formas y niveles que asume la represión en el país, y de muchos otros factores internos y externos.

Así, la primacía de la política sobre la academia, la formación teórica y política, en especial en el marxismo, el poner la antropología al servicio del pueblo, eran consustanciales con los propósitos que se buscaban y no factores negativos que llevaran al pesimismo y la apatía. De ahí que sea vano querer el regreso del antropólogo de esa época, pero libre de esos “defectos” que se le atribuyen, para asumir ahora, “el papel de líder comunitario, agente del cambio cultural, aunque más sereno, más estructurado y sobre todo más práctico”, es decir, gente con las características de los luchadores políticos de los 70, pero esta vez al servicio del actual sistema de clases. ¡Vana esperanza!

Por eso, a la hora de hacer una propuesta, el modelo que nos presenta el director de

antropología es el de las instituciones educativas y de los antropólogos de las universidades gringas y de la American Anthropological Association, una antropología definida sobre los criterios, ideología y necesidades de los Estados Unidos, es decir, una antropología que pueda incorporarse e incorporarnos al sistema educativo mundial, encabezado por el imperialismo norteamericano, de acuerdo con los criterios de apertura e internacionalización que vienen rigiendo la reforma de la Universidad principalmente desde la época de Mockus. Dentro de este sistema, la producción de conocimientos, es decir, de teoría, corresponde a las élites intelectuales de los Estados Unidos y demás países imperialistas; a nosotros nos toca ser consumidores de esos conocimientos y de las recetas para su aplicación técnica, “práctica”, “empleable”, mediante la lectura intensiva y amplia de bibliografía en idiomas extranjeros, como propone la “neutral” Suzanne Lewenstein, consiguiendo patrocinadores extranjeros y continuando la formación en los posgrados, en especial en el extranjero, para luego regresar como profesores e investigadores que nos traen la última palabra y la verdad. Es decir, continuando con una carrera en donde “se deposita y recita de memoria el conocimiento generado en países desarrollados”, como dice Gómez Buendía en El Tiempo, citado por nuestro director.

El problema de las teorías en la carrera no consiste en que haya demasiada teoría, el problema básico radica en que casi no se hace teoría sino que se consume aquella creada en el exterior, es decir, que no se produce conocimiento con base en nuestro propio trabajo y nuestra propia realidad. Además, la orientación de los cursos de teoría es demasiado teorista y poco teórica, sin que se tenga en cuenta el camino que lleva desde la teoría al estudio de los problemas concretos y de éstos a un nuevo nivel de teorización, cosa que proviene no sólo de la estructura general de la educación en nuestro medio,

sino de la casi total separación entre la vida de la carrera, —y no sólo la académica— y las condiciones y necesidades de vida del pueblo colombiano. Por esto, las teorías no llevan tampoco a una formación en las metodologías relacionadas con ellas. No hay otra manera de producir conocimiento, de confrontar la teoría y la realidad, de avanzar en el camino de la validación social del quehacer antropológico que ligarse a esa vida y a esas necesidades del pueblo. Al contrario de esto, el plan de estudios cada vez deja menos lugar para la práctica, calificándola de empirismo y considerando que no debe hacerse hasta que se tenga un dominio amplio de la teoría. Así se han ido reduciendo las salidas de campo, recortando la duración de aquellas que todavía se hacen; se eliminó del plan de estudios la asignatura Trabajo de Campo; se movió la posibilidad de una práctica amplia hasta el último semestre, en el Laboratorio de Investigación; y aún éste ha sido convertido en ocasiones en teórico, en un seminario de monografía, o saboteado por el propio Comité Asesor, como ocurre este semestre con la aprobación de tutorías, figura que no existe en el reglamento. Además, una buena proporción de las salidas de campo no constituyen verdaderas prácticas, sino que tienen un alto componente de paseo.



Este desconocimiento del papel de las teorías es el que lleva al director a plantear, siguiendo a los gringos, que el estudio de las "sociedades exóticas" debe dejar paso a los problemas urbanos, desconociendo que no existe tal tipo de sociedades, sino que se trata de las imágenes conceptuales que en un momento dado creó la antropología para pensar a indios y campesinos —y aun al conjunto de nuestras sociedades— respondiendo a las necesidades de los proyectos imperialistas, como ha mostrado Arturo Escobar para otros conceptos. Lo que se hace necesario es desarrollar teoría a partir de nuestra investigación para continuar reconceptualizando estas sociedades de una manera que sirva a sus lineamientos emancipatorios. Es cierto que el número de miembros de los grupos indios y campesinos es reducido con respecto a la población que vive en las ciudades, pero es clara en la situación actual de Colombia la importancia aquellos grupos, pues es en sus escenarios de vida en donde se está disputando la posibilidad de reordenar nuestro país de una manera diferente a la actual, de ahí, incluso, que se las esté desplazando para ocupar sus espacios y recursos.

Eliminar teorías, introducir los cursos de recetas para hacer proyectos, planes de vida, planes de desarrollo, etc. y para adaptarse a la vida de las oficinas públicas y otros cambios que se proponen, ¿resolverá el problema de que los estudiantes no encuentran temas de investigación para su trabajo de grado y de la validez y utilidad de éstos, cuando se realizan? En el artículo "La investigación social: ¿para quién?, ¿para qué?, ¿cómo?", que se publicó en el número 9 de Kabuya, se analizó a fondo esta problemática. Es preciso que el plan de estudios de la carrera se construya teniendo como base una definición del para quién y el para qué de la antropología que se quiere, al servicio de quién se busca trabajar. Sobre este fundamento, se deben definir unos problemas fundamentales que devengan de nuestra realidad y que es preciso investigar para conocer y resolver. Estos deben constituir el eje sobre el cual se constituya el plan de estudios, se definan los profesores que van a trabajarlo, se tracen las estrategias pedagógicas y se establezca la participación y el papel de estudiantes y profesores. Esto implicaría establecer nexos permanentes entre el Departamento y aquellos sectores sociales que se hayan definido en el "para quién" y orientar el trabajo académico en su conjunto en relación con ellos para lograr el "para qué", que debe ubicarse conjuntamente con ellos, con sus "beneficiarios", cuya intervención en la actividad formativa de la carrera también es necesario definir a la hora de aclarar las modalidades del "cómo".

De lo contrario, todo continuará siendo "la misma perra con distinta guasca", porque "aunque la mona se vista de seda, mona se queda".

---

## NUESTRA TRISTE REALIDAD

*Hemos recibido el siguiente artículo, escrito por uno de los estudiantes indígenas de la Universidad, que reflexiona sobre la realidad que ha traído a los indios la "modernización" que viven desde la Asamblea Nacional Constituyente. Ante esta situación se hace necesario preguntarnos: ¿Hacia donde van las sociedades indígenas en la Colombia de hoy? Es claro que esta realidad no puede perdurar y que volverán a la lucha, aún contra aquellos de ellos mismos que usufructúan la situación que aquí se describe.*

Han pasado las épocas en que nosotros como miembros de los pueblos indígenas permanecíamos indiferentes a todas las filosofías, las hipótesis científicas y el destino de la humanidad; el proceso aculturizador de occidente, para bien o para mal, pero sobre todo para mal, nos ha tocado en todas nuestras estructuras tanto sociales como individuales; estamos de

frente a este proceso que momento a momento busca hacernos parte de una sociedad mayoritaria, lo cual está pasando, porque este fenómeno cultural nos va transformando hasta hacernos parte de un homogéneo inmenso y totalizador que nos encierra, absorbiendo lentamente nuestra identidad.

En este contexto transformador, sinceramente, sin temor a equivocarme, nos hemos dejado llevar sin siquiera reflexionar acerca de qué nos pasa, hasta llegar a convertirnos en estatuas y más que estatuas en moldes que inclusive llegan a preguntarse ¡quienes son realmente! Poseemos las conductas y actitudes de algo que hace ya muchísimo tiempo atrás no éramos, ni pretendíamos ser, pero muy a nuestro pesar terminamos siéndolo.



Leer libros para aprender y cuestionarnos acerca de todo lo que nos rodea; asistir a eventos en donde se reflexiona sobre nosotros, porque somos incapaces de fomentar la autocrítica y la reflexión como si tuviéramos miedo a perder algo, y más incapaces aún de realizar hechos por nosotros mismos y mediante nuestros propios medios; ¿por qué todas las propuestas de cambio, modificación, decisión y “progreso” deben provenir de fuera? En vez de utilizar el cerebro para pensar hemos aprendido a hacer uso del estomago y los impulsos, que nos han llevado a cometer graves errores en nuestra ya maltratada historia. En este sentido hemos cedido la lucha por la transacción, por el facilísimo, por el lucro rápido.

En referencia a esto es factible preguntarse sobre qué luchas indígenas ha habido en respuesta a los atropellos de que últimamente hemos sido víctimas de parte de las políticas gubernamentales y particulares. ¿Acaso fijamos una posición firme y clara con respecto al ya aprobado plan de desarrollo de donde se nos excluye? ¿Será que estamos

apoyando en algún sentido a nuestros hermanos emberas-katíos con su problemática ante Urra I y II? Esto sólo para mencionar casos recientes y vigentes. Ante todo esto hemos permanecido indiferentes e inermes en nuestra inmensa mayoría. Si ante los cambios inminentes en el estamento universitario tampoco hemos ni siquiera comentado entre nosotros, ¿que estamos esperando para asumir nuestro papel como parte integrante al interior de la universidad? ¿Acaso es cierto lo que algunas personas ajenas a nuestra cultura dicen sobre nosotros? Que somos entes pasivos, sin voz ni voto y que, por lo tanto, si se propone un cambio, de los que menos se preocuparían será de nosotros. ¿O no será que estamos esperando a que papá gobierno se conduela de nosotros y diga “pobres indios exóticos”? Lo peor de todo es que ya ni exóticos somos. ¿O más bien a que 4 ó 5 pelagatos con figuras de senadores o representantes, —a quienes por otro lado no se les exige nada—, dejen de pensar en el dinero y en el beneficio de entrar a ser parte de la burocracia? Y sentarse mejor, haciendo un esfuerzo por trazar verdaderas políticas que puedan beneficiar a todos los pueblos indígenas y no a un grupo en particular; ¿acaso nunca se sabrá aprovechar este espacio?

Ir de vacaciones a tierra natal porque nos aburre la ciudad y no para reencontrarnos con nosotros mismos; cobrar becas con nombres de hombres que realmente caminaron en busca de una auténtica dignidad (Alvaro Ulcué Chocué) y no un bienestar ilusorio (el que estamos persiguiendo) que desaparece con la facilidad del agua entre las manos y que se renueva muchas veces con campañas sociales y culturales de papel (certificados

de la labor en comunidad durante vacaciones) por no decir ficticias.

El estudio suscitado por la formación universitaria de miembros de comunidades indígenas me parece además de peligroso una grosería en muchos casos. Los diferentes espacios y programas especiales creados por universidades públicas y privadas pueden servir para la formación de líderes y profesionales que lleven el progreso “hacia sus comunidades de origen”, pero ¿cuántos de los egresados indígenas no han vuelto siquiera a su lugar de nacimiento?, ¿o cuántos se dedican con su saber adquirido a servir a su comunidad necesitada de ayuda?, En vez de eso, buscan y sueñan con montar consultorios o que algún amigo de la burocracia los ayude a entrar al mercado laboral a cambio de favores políticos más adelante; ¿y qué diferencia a varios de ellos de los líderes de la nación con su andamiaje politiquero y circense?, ¿qué diferencia de ese país político que con cada nueva jornada electoral nos promete un país mejor y que en realidad traen consigo una nueva derrota a la democracia y a la transparencia?

Nuestra clase dirigente ha engrosado la gran fauna política nacional. Las instituciones que dicen representar los intereses de los pueblos indígenas se han burocratizado; sólo buscan sus

intereses propios y aprovechan cualquier situación para hacer notar su ficticia existencia o nombre tomándose la vocería con consecuencias nada agradables para el grupo del cual se toman dicha vocería. ¿Acaso Rojas Birri y la ONIC no fueron expulsados en marzo de año pasado por la comunidad embera-katío de Karagabi al ser acusados de tener intereses económicos en la conformación de un llamado cabildo, lo que desató una lucha interna con el pueblo embera -katío? Esto deja mucho que desear y esperar. Este tipo de organizaciones ni siquiera tiene poder de convocatoria; hay una apatía total hacia ellas. Esto se vio demostrado por una frustrada toma realizada el 29 de abril del presente año, de la que, sin exagerar, ni siquiera muchos indígenas en el país a estas alturas se han enterado. De otro lado, todas aquellas acciones que se pretenden realizar de manera honesta por algunos dirigentes, o son boicoteadas por los mismos indígenas o encuentran obstáculos en las disposiciones políticas del estado, basta con preguntarse el difícil camino de la ley de ordenamiento territorial capítulo indígena.

Ante todo esto es factible preguntarse ¿qué nos está pasando? ¿Hay que echarle la culpa al proceso aculturizador que está presente en todas estas instancias y del cual sólo hemos rescatado en gran parte las cosas negativas?

---

---

## ¿ANTROPOLOGOS, DOCENTES O JINETES?

Segunda parte:

### LOS DOS JINETES CABALGAN DE NUEVO

La espera ha sido nuevamente larga.  
Pero, como otras veces, al fin la respuesta tiene que llegar.  
Un día el cabalgado se ve obligado a responder antes de caer exangüe bajo el aguijón de las espuelas doradas de sus jinetes.  
¿Acaso la Universidad no tiene reglamentos y normas para ustedes?  
Tal parece que las obligaciones son sólo para nosotros; los derechos y privilegios para ustedes.



Así pasa con los horarios de las asignaturas.

Se programan siempre teniendo en cuenta los criterios, los deseos, los gustos, las facilidades, los trabajos, las ocupaciones y hasta los caprichos de ustedes.

No importa que nosotros también tengamos los nuestros, no importa que alguno tenga que trabajar para sobrevivir.

Por eso, cada semestre es el quebradero de cabezas y el sudar frío para poder armar el horario de clases, no sólo buscando lo que queremos, sino también para cumplir con las exigencias del reglamento: que si repite, que si materias de tres semestres, que si requisitos, que si los cruces, etc., etc., etc.

Hasta que al fin tenemos el horario para recibir, como dádiva divina, la firma del consejero —como siempre, uno de ustedes.

Pero cuando comienzan las clases, el primer día, en la primera hora, en el primer momento, algunos jinetes reclaman que la hora asignada no les es buena para cabalgar.

Hay que cambiarla según su sacrosanta y tiránica voluntad.

No importa que algunos de nosotros no tengamos manera de cambiarla.

No importa que el nuevo horario se cruce con otras materias.

O con el trabajo que al fin conseguimos luego de varios meses de búsqueda.

No importa. Si no se puede, nos toca cancelar.

Habíamos oído decir que los profesores tenían dedicaciones de trabajo en la Universidad.

Veinte horas los de medio tiempo.

Y que hasta tienen que llenar un programa de trabajo.

¿Cómo es, entonces, que no los vemos en la Universidad en horarios distintos a los de clases, y eso cuando cumplen con éstos?

Cuando no les da el afán en mitad de una clase, y se van.

O cuando no aparece el consabido letrerito de: "Hoy no hay clase".

¿Por qué, entonces, no disponen de todas las tardes o todas las mañanas para los cursos?

¿A qué se debe que ustedes no nos cumplan los horarios que se fijan para las materias?

¿Será que les pagan por medio tiempo y trabajan sólo de cátedra?

Sería bueno que nos aclararan este misterio.

Pero también a la hora de enfermarse el derecho es del jinete.

Los jineteados sólo podemos caernos muertos.

Para que nos reconozcan una excusa médica, hay que ir al servicio oficial de la Universidad y lograr que el médico acepte que estamos enfermos de verdad.

¿Y, a ustedes?

¿Se les permite ser sus propios médicos?

Cof... cof... cof...

Una pequeña carraspera y ¡chao, muchachos! Nos vemos en la próxima clase.

Y en la próxima, su voz le funciona en la primera asignatura.

Pero a las 10 ya tiene grave incapacidad de nuevo.

No hay problema.

Letrerito en la cartelera: no hay clase por afonía del profesor.

¡Chao, muchachos, hasta la otra próxima!



# SEÑOR PROFESOR, ¿EN QUÉ IDIOMA ESCRIBE?

*Cada vez más, los practicantes de las Ciencias Sociales envuelven su saber en una fraseología y una terminología que convierten sus expresiones en textos esotéricos, entendibles sólo por los iniciados de su misma secta, pues ni siquiera están al alcance de los iniciados en general. Este es uno de los factores formales que permiten construir un poder de dominio con base en el conocimiento, y alejar éste de la posibilidad de que el común de los mortales pueda acceder a él. Creemos que el texto que aparece a continuación, invitando a una conferencia que en el Grupo de Psicoanálisis dictó el profesor Gabriel Restrepo, de Sociología, es una buena muestra de lo que sucede.*

*En todo caso, y si no es así, ustedes sabrán perdonar nuestra profunda ignorancia, señores profesores.*

## “NI RETENIDOS, NI RELAXOS: BIOS, AVIOS Y ENVIOS EN EL TRASIEGO DEL SINTOMA AL SIMBOLO”

Quizás no se haya reparado demasiado en la importancia de la disección que el filósofo mexicano Jorge Portilla ejercitaba hace ya cerca de medio siglo sobre la cultura latinoamericana. En su libro Fenomenología del relajo, señalaba, lúcido, el drama contenido en el dilema del “sujeto” latinoamericano al oscilar entre el “tenido” y el “relajiento”. Aunque el relajo mismo admita dos lecturas, una desde la rigidez del “tenido” (en parte la del mismo Portilla, pese a todo), otra la laxa (Carlos Monsivais, por ejemplo), la contraposición se erige como un síntoma de nuestra condición más recurrente, contenido entre las urbanidades y entre ellas en la canónica de Manuel Antonio Carreño, objeto de investigación del expositor.

Ahora bien: el síntoma es lapsus, el lapsus es síntoma. Etimológicamente síntoma es caída recíproca, co/lapso, co/incidencia y, más aún, co/accidencia. ¿Cómo hallar en el síntoma el símbolo que se ha cerrado, si se acepta que símbolo es, en su raíz, correr juntos, es decir, lo contrario a la parálisis denunciada en el lapsus? En el caso presente, ¿cómo transformar la repetición (wiederholoung) hasta el cansancio de la oposición entre tenidos y relajientos en una solución graciosa?

Algunas disgresiones serán pertinentes. Se han registrado en Colombia 44 expresiones sinónimas del “tenido” o del “tacaño” y 51 para el “despilfarrador”. Las asociaciones de estos conceptos con el cuerpo, la economía, la política y otros ámbitos serán un hilo conductor para desentrañar el síntoma, de modo que se avizoren posibles salidas, que en lo corporal residirían en el equilibrio de lo simpático y lo parasimpático y en lo colectivo en la conjunción predicada por el escudo entre la libertad y el orden.

**NAZIM HIKMET**

(Poeta turco revolucionario,  
a quien la cárcel nunca pudo doblegar)

**ANGINA DE PECHO**

La mitad de mi corazón está aquí, doctor,  
pero la otra mitad se encuentra en China,  
en el ejército que baja hacia el río Amarillo.  
Cada mañana,  
cada mañana con el alba,  
mi corazón es fusilado en Grecia.  
Y cuando el sueño rinde a los presos,  
cuando se alejan de la enfermería los pasos últimos,  
mi corazón se va, doctor,  
se va hacia una vieja caja de madera allá, en Istanbul.  
Además, doctor, hace más de diez años  
que no tengo nada en mis manos  
para ofrecer a mis hermanos;  
tan sólo una manzana,  
una roja manzana: mi corazón.  
Por todas estas cosas, doctor,  
y no por culpa de la arterioesclerosis,  
ni de la nicotina, ni de la cárcel,  
tengo esta angina de pecho.  
Desde mi cama  
contemplo la noche tras los barrotes.  
Y a pesar de todos estos muros  
que me aplastan el pecho,  
mi corazón palpita con la estrella más remota.